

Transiciones (70-90)

Luis Enrique Rosales Roldán

CELA

La finalidad de esta intervención es presentar y discutir mi propuesta analítica para el periodo de las transiciones de los 80-90 en América Latina, especialmente las conosureñas. Me parece que aún cuando mucha y provechosa literatura acerca del tema existe ya para quien se interese por él, estamos, en mi opinión, lejos de haberlo agotado en tanto existen elementos que no han sido valorados o revalorados de manera satisfactoria; la propia caracterización del periodo se ha detenido en la mera enunciación de factores, sin mayores intentos de articular minuciosamente los hechos entre sí y mucho menos ese pasado inmediato con nuestro presente.

Mi tesis es que estamos ante todo un cambio epocal que, desde sus orígenes formales en los años 70 hasta su desembocadura en los años 90, transfiguró la manera en que se habría de existir en el mundo entero. Esta transformación abarcó prácticamente todos los ámbitos de la existencia, no en balde se han podido decir tantas cosas acerca de la realidad extraña de los noventa, desde los “patios interiores” de una desilusionante democracia otrora tan festejada, hasta la identidad de los nuevos protagonistas de la resistencia popular (también transformados), pasando por el nuevo carácter del Estado latinoamericano, etc. Todo nuevo y el mundo empeorando.

La producción académica acerca del periodo, sobre todo aquella que se elaboró cuando el tema de las transiciones era el pan nuestro de cada día, difícilmente puede evitar tener una connotación política, aún en la de aquellos autores cuya intención era explícitamente la de la imposible imparcialidad. Al menos respecto al tema de las transiciones resulta bastante claro a qué vertiente política puede o podría pertenecer determinada obra, aún cuando no existan relaciones directas entre algún autor y determinado partido, gobierno u organización.

Tenemos que tomar en cuenta dos factores acerca de las polémicas desatadas en las ciencias sociales de la época. En primer lugar, que tuvieron lugar en un contexto específico: el de la derrota militar y política de la izquierda latinoamericana y sus aliados llevada hasta sus últimas y genocidas consecuencias, atizada por la eclosión del bloque socialista y la consiguiente embestida del pensamiento neoconservador hasta su posterior entronización internacional. En segundo lugar, que las propias tradiciones teóricas y filiaciones políticas de l@s autor@s imposibilitaron en ocasiones la aceptación de vertientes analíticas que hoy nos ayudan a comprender mejor los hechos consumados.

Lo que quiero decir es que para hablar hoy de las transiciones de los 80, debemos dar cuenta de una visión más integral de la cuestión. Tenemos el triste privilegio de ser nosotros mismos los frutos de las campañas contrarrevolucionarias de los 70. Esto significa, por supuesto, apuntar hacia el desarrollo de una polémica que, para el año de 1991, Agustín Cueva adjetivaba de inconclusa. El impasible paso del tiempo y la configuración de una nueva coyuntura crítica para la región y el mundo entero (la mundialización, el auge del neoconservadurismo, el post-fordismo, etc.), determinaron que las ciencias sociales mantuvieran su atención en el presente, que pasó de apellidarse transición para apellidarse neoliberalismo, globalización, terrorismo, etc.

Pero también se trata de una polémica inconclusa en relación al hecho de que el énfasis acerca de la transición no sólo debe ser puesto en el hecho político del paso de una dictadura hacia un régimen civil elegido mediante las urnas en condiciones de “paz”. Pienso que para hablar de transición se debe estar pensando en transiciones. La fundamental fue la del patrón de reproducción y acumulación de capital y a partir de ésta se fueron manifestando otras. Fue el estado de la lucha de clases, tanto a nivel nacional como internacional, lo que determinó la manera en que habrían de llevarse a cabo.

En América Latina el tránsito se dio de maneras variadas. Cada región, y dentro de ellas, cada nación, un mundo. Mas la visión latinoamericanista obliga a mirar desde la perspectiva subcontinental en alguna forma. Preguntarse por lo que hace a América Latina una totalidad heterogénea, lo que la sitúa en un orden y respecto a éste, la jerarquiza y

articula. No puede ser otra cosa que el sistema capitalista internacional. Entonces la polémica estuvo determinada por el desarrollo de la lucha de clases a nivel nacional, subcontinental e internacional.

Y, ¿cuál fue este desarrollo? La historia la conocemos en sus rasgos generales: aniquilación física, terrorismo de Estado, intensificación de la explotación de amplias capas de asalariados, concentración de la riqueza, desnacionalización de las economías con su correspondiente pérdida de soberanía, embestida cultural del pensamiento conservador, etc. La polémica no pudo evitar reflejar los hechos consumándose y los propios autores de los 80 lo anunciaban en sus textos:

“los ‘nuevos temas’ han sido ocasión para el abandono de ‘viejos temas’ [...] la cuestión de imperialismo, la explotación capitalista de la fuerza de trabajo, las cuestiones vinculadas al desarrollo de las fuerzas productivas [...] las fuerzas armadas [...] las características actuales de las clases dominantes”¹

Esto en palabras de Tomás Vasconi. Otros fueron objeto de una profunda y necesaria revisión: el Estado, la revolución, los partidos, etc. Mas, insisto, tanto los “olvidos” como las revisiones se llevaron a cabo bajo el signo de un mundo en que la contrarrevolución creció, se extendió y triunfó prácticamente en todas partes, obligando a cambiar en algo a los pocos países en los que ésta no logró la victoria.

Poner el énfasis en “el retorno a la democracia” y concebirlo como una victoria y no como lo que fue: una concesión, ha llevado a varios análisis a sobrevalorar la coyuntura y desligarla de su matriz originaria. No se derrotó a militares-gorilas-villanos, sino que el resto de las clases dominantes de cada país, que por cierto, incluye a individuos y organizaciones extranjeras y predominantemente estadounidenses, decidió el fin de la utilidad de las Fuerzas Armadas en el poder estatal. Unos la organizaron, negociaron y

¹ Tomás A. Vasconi, “Democracia y socialismo en América del Sur (notas para una discusión) (1988) en Cueva, *Ensayos sobre una polémica inconclusa*, CONACULTA, México, 1994, pp. 137-153.

propusieron, otros dieron el visto bueno, otros la vigilaron y, al final, detuvieron la “democratización” en un momento conveniente, no olvidemos que en términos reales, prácticamente nadie pagó por sus crímenes, y, de hecho, pasado cierto tiempo los gobiernos civiles recurrieron a la represión sin mayor empacho.

Entonces revisar el periodo de las transiciones de los 80 desde el presente requiere una profunda crítica al sentido que ha tenido la producción sobre el tema. Me parece que no hace falta inventar nada, sino más bien replantear lo dicho a la luz del presente. Múltiples aseveraciones ya han caído por su propio peso y otras no han podido salir de valoraciones correctas que terminaron por transformarse en lugares comunes después de un tiempo. Se requiere de un ejercicio simultáneo de rescate y replanteamiento.

Ya dije que el periodo contrarrevolucionario 70-90 estableció una nueva hegemonía a nivel internacional y que su influencia en la dirección de la trayectoria de las ciencias sociales se manifestó en el “olvido” de temas que continuaban y continúan siendo vigentes. Ahora bien, este olvido no es más que el reflejo de las profundas transformaciones ocurridas durante aquél tiempo a partir del fin de la fase expansiva del capitalismo de la post guerra y el comienzo de una fase recesiva aún no superada.

La de los 70 fue la década de mayor intensidad en el enfrentamiento entre las clases a nivel internacional, el fin de la fase expansiva obligó a los gobiernos burgueses a prolongar primero y racionar después el bienestar al tiempo que los sectores transnacionalizados de la economía comenzaron a esbozar el camino a seguir. En los Estados Unidos esto se manifestó con la configuración del llamado complejo industrial-militar y la militarización y geopolitización de su política imperial como respuesta a su relativamente declinante hegemonía. En América Latina y el grueso del Tercer Mundo, las luchas antiimperialistas o anticapitalistas se exacerbaban bajo el sino de la gesta cubana y del espíritu del 68 internacional, combinado con el hecho de las pugnas interburguesas derivadas de la crisis del modelo de sustitución de importaciones.

El panorama pues, demostraba una crisis de dominación en diversos países de la región y del orbe, ocurriendo victorias y derrotas múltiples. Para América Latina, en la primera mitad de la década la abrumadora mayoría fueron derrotas. El hecho obliga a pensar los elementos de éstas. Se caracterizaron, sí, por el copamiento de la maquinaria estatal por las Fuerzas Armadas, pero éste no es el dato más significativo, si bien le da un sello característico de la mayor relevancia. El objetivo primordial de los sectores pro status quo en la región y el mundo fue la reinserción de cada país en el patrón de reproducción y acumulación de capital en ciernes. El sustento a este argumento es la constitución de un bloque que tras entronarse como hegemónico, sólo desplazó, claro está que no sin fricciones, a las Fuerzas Armadas como clase reinante sin dejar de concebirlas como sus aliadas, dotándolas de impunidad.

La segunda mitad de la década se caracteriza por el desgaste de los regímenes dictatoriales o autoritarios sin que ello signifique que, mirando la coyuntura en perspectiva, la balanza se haya puesto alguna vez del lado de la oposición. Sólo en Centroamérica, y especialmente en Nicaragua la lucha de clases desembocó en una victoria de la izquierda. El resto del continente estaba sembrado de dictaduras y regímenes donde la ausencia de éstas sólo reflejaba la posibilidad de una dominación más estable en la transición de un patrón de acumulación a otro. En efecto, la Revolución Sandinista significó la primera transición a un régimen democrático y la única realizada *desde abajo* en el subcontinente latinoamericano. Verdadero punto de inflexión que modificó las tácticas del imperialismo estadounidense para una región preñada de potenciales nicaraguas.

Paréntesis. En tanto hegemón del sistema capitalista en general y del capitalismo latinoamericano en particular, la coyuntura de las transiciones no puede ser analizada sin un estudio pormenorizado del complejo alambique mediante el cual el imperialismo norteamericano domina a la región. Desde el “a donde va Brasil va América Latina” de Kissinger hasta el *revival* de la Guerra Fría realizado por Ronald Reagan, la dominación imperialista varía y se sofisticó pragmáticamente. Después de Nicaragua, no hubo transición que fuera llevada a cabo sin la venia del gobierno estadounidense.

Más allá del anticomunismo cacareado, aunque no por ello menos real, la estrategia estadounidense se basaba en el reconocimiento pragmático de que lo verdaderamente importante era evitar la llegada de gobiernos basados en la organización de los sectores populares. Punto en el que coincidían y coinciden a la perfección con las burguesías locales. De manera que no sólo la persecución y erradicación física e ideológica fue en contra de la izquierda revolucionaria (real o retóricamente), sino también de los sectores políticos con reivindicaciones nacionalistas. El mundo se derechizó primero por las armas, ya después las transiciones pudieron hacerse cuando las sociedades que vivieron la violencia política de los 70 y 80 habían sido desgastadas a tal punto que al final del proceso el júbilo desbordó cualquier visión crítica o realista.

Las transformaciones a nivel sociocultural fueron profundas, a tal grado que ni siquiera mediante cambiar poco (aunque cualitativamente significativo) para que no cambiara nada, pudo preservarse la estabilidad deseada. Repito, más allá del hecho de la dictadura está su telón de fondo: la reconfiguración del bloque hegemónico, la continuación, intensificación y exacerbación de las políticas económicas de los gobiernos autoritarios que desembocaron en la década perdida y en la crisis de la deuda externa latinoamericana. Todo lo anterior me lleva a sostener que lo que había demostrado haber fallado para la región no era el socialismo, sino el capitalismo. Es sólo que la derrota del primero como proyecto histórico fue sepultada con los ladrillos del muro caído en 1989.

Sociedades transformadas, pero las pautas de la transformación vinieron desde arriba, así como también la contención de cualquier tentativa de cambio radical, antes o después de que pudiera ser formulado. Las urnas electorales se convirtieron en el objetivo y núcleo ordenador de la táctica y estrategia de la izquierda partidaria, muchas veces engrosada por sectores otrora guerrilleros. En general, aquellos partidos eliminaron una buena parte del contenido nacionalista, no se diga antiimperialista, de sus programas. Se convirtieron en un estilo de administración del Estado burgués y no en sus aspirantes a superarlo.

Pero también los votantes fueron modificados por diversos factores: por el trauma del periodo autoritario donde fuera el caso; por la embestida ideológica del pensamiento

conservador (o neoconservador) que penetró los medios de comunicación, académicos y de arte para las masas además del ámbito político, donde, tras la vuelta a las prácticas de la democracia liberal la relación partidos-sociedad se ha modificado mediante la constante traición de éstos, no digamos “al pueblo”, sino a sus propias promesas de campaña. Cuestión aparte está el hecho de que la pauperización de las clases trabajadoras (que son el grueso de los votantes) y la oligarquización del poder político ocurren sobre la base tendida por el periodo autoritario y contrainsurgente: ningún gobierno “de transición” dispuso la cancelación de la deuda contraída por gobiernos anteriores que eran ilegítimos.

Mi proyecto de tesis trata de cómo todo lo dicho anteriormente se manifestó en los sectores de la izquierda partidaria uruguaya: el Frente Amplio y sus aliados, en tanto asumo que estas décadas de transición 70-90 afectaron profundamente su papel en la consecución de un proyecto, que más allá del nombre que le pongamos (aunque para mí sigue llamándose socialismo), responda a los intereses de las clases explotadas, el proletariado concebido como el sujeto político cuyas aspiraciones chocan abiertamente con las de sus clases dominantes nacionales e internacionales.

En el caso del Frente Amplio, pero también el de más partidos de izquierda en la región, la transición estuvo marcada por la persecución, secuestro y asesinato de sus militantes y aliados en los 70; por la marginación total o parcial del proceso íntegro de restauración de la democracia liberal en los 80 y posteriormente por la convalidación relativa de éstos (los partidos) acerca del tipo de democracia nacida de las transiciones: básicamente delegativa y procedimental. Lo que me interesa resaltar es que en el cambio epocal al que me he estado refiriendo y tratando de explicar durante esta ponencia, las transformaciones ocurridas en el seno de la izquierda adquirieron una relevancia enorme al desembocar los procesos de transición en un fracaso que comienza con la crisis de la deuda externa y que no ha culminado del todo en ningún país de la región.

Fueron los hechos los que despedazaron la cohesión y pertinencia del proyecto de la izquierda latinoamericana tal y como lo había venido planteando desde los 70. Lo malo fue que la reformulación de sus postulados y su comprensión del sentido que cobraban los

hechos ocurrió en el marco de coyunturas traumáticas, primero la avanzada de la militarización y la contrainsurgencia, después el vertiginoso ritmo de una democratización sobre la cual el exilio, la persecución, la desarticulación y el miedo ocurridos en sus cuadros evitaron una discusión profunda y sobre todo prolongada de lo que estaba por venir. No olvidemos que la izquierda como proyecto y como realidad estaba para el momento de la transición mermada y cundió la confusión.

Tomemos en cuenta que para esos momentos, en los hechos casi todo había fracasado: la vía cubana (o más bien sus ejecutores fuera de Cuba), la vía chilena. La URSS se desmoronaría en pocos años; más tarde la Revolución Sandinista perdería intensidad a punta de “contras” y boicot económico. En resumen, el socialismo real estaba en la bancarrota (Cuba estaba por comenzar su “periodo especial”). Sólo que muchos olvidaron decir que, aparte de sus contradicciones particulares, el socialismo fracasó en contienda, es decir: ganó el sector de la burguesía que ya en los 70 fue empujando hacia un nuevo patrón de reproducción y acumulación, y que en los noventa hacía apologías de la globalización y se justificaba apelando al “fin de la Historia” y al “choque de civilizaciones”, en América Latina el renacimiento del positivismo y la aceptación de las doctrinas posmodernas en el ámbito académico vestigian la magnitud de la derrota, o victoria, según sea el caso.

Es en este marco que la izquierda termina derechizándose tal y como lo hizo el mundo. Y su objetivo principal, al igual que en vastos sectores de la intelectualidad “progresista” o “crítica”, fue la de suscribir un pacto de gobernabilidad. El interés principal de la izquierda sería propiciar rupturas múltiples con respecto al Estado burgués sin proponerse su destrucción. El socialismo podría o no ser reivindicado como proyecto u horizonte. Lo que interesaría sería la profundización de la democracia participativa realizada en contubernio con los distintos movimientos sociales existentes (claro que esta relación no es del todo armónica por diversas razones).

Basados en el hecho de que en las sociedades del Segundo Mundo no fueron o son modelos ideales de regímenes democráticos y dejándose llevar por la euforia desatada por la llegada de gobiernos civiles, el Frente Amplio, como otros partidos de la región (como el

peronista), abrazó la causa de la profundización de la democracia sin plantearse seriamente cómo habría de conciliar su nuevo programa con su historia al ir eliminando los contenidos antiimperialistas de éste e intensificar sus aspiraciones policlasistas al grado de proponerse la colaboración con la misma burguesía “progresista” que, o sin cooperar directamente legitimó con su silencio el golpe de Estado, o, aunque lo haya denunciado, previo a éste se proponía la cooperación con el imperialismo estadounidense.

Lo que se pone en tela de juicio es el carácter de la democracia. Pero no de manera abstracta y desligada de la realidad económica, política y social, pero sobre todo económica, en tanto si bien los regímenes donde la propiedad de los medios de producción no es privada no se consiguió y de hecho se evitó (desde el PCUS) la constitución de una sociedad democrática, en las sociedades capitalistas dependientes y subdesarrolladas de América Latina estamos lejos de vivir en la profundización de la democracia avanzada o participativa o sustantiva, como se le quiera llamar.

Por todo lo anterior es que insisto en la necesidad que existe de replantearnos los elementos explicativos de la coyuntura de los 80. Explicar el capitalismo en transición imperialista, no sólo en sus aspectos políticos sino también en los económicos y sociales. Explicar las consecuencias de este periodo de contrainsurgencia y contrarrevolución en su sentido más profundo: la transfiguración de las sociedades latinoamericanas en su conjunto: todas desembocaron en el neoliberalismo, ya fuera desde la dictadura militar o desde el populismo, el desarrollismo o algún otro tipo de nacionalismo. Explicar también que la izquierda partidaria, pero especialmente la socialista se vio profundamente afectada por la envergadura de su derrota, lo cual dio lugar a una amplia gama de “nuevas izquierdas”: la neoliberal, la *movimientista*, la globalifóbica, la ecologista, etc. Pero esa ya es otra historia.

Lo que cabe resaltar es la brecha abierta al interior de la izquierda en general tras el periodo de transición 70-90 y los hechos en la que se basó su adecuación a un nuevo periodo histórico: el de la mundialización imperialista. Reflexionar acerca de lo anterior ayuda a analizar de manera más crítica los regímenes postdictatoriales, a clarificar el sentido de las polémicas de la época y el papel actual de los partidos de izquierda existentes antes de la

“democratización”, el origen de los movimientos sociales surgidos de manera autónoma a los partidos, y también a rebatir la objetividad de la pregonada bancarrota del socialismo como proyecto civilizatorio, y, sobre todo, a salir del círculo vicioso de considerar a la democracia “realmente existente” y sus elementos constitutivos como elemento sin el cual no puede enarbolarse un proyecto político digno de ser considerado como viable.